



Arthur Schopenhauer



EL ARTE, LA MUERTE Y LA MORAL. SELECCIÓN DE TEXTOS

ARTHUR SCHOPENHAUER

ARTHUR SCHOPENHAUER

EL ARTE, LA MUERTE Y LA MORAL

Selección de ensayos



Arthur Schopenhauer

Arthur Schopenhauer nació en Danzig, República de las Dos Naciones (hoy Mancomunidad de Polonia-Lituania), el 22 de febrero de 1788. Fue uno de los filósofos alemanes más importantes del siglo XIX, aportó una visión pesimista, cuyo sistema filosófico original de matices kantianos, platónicos y budistas unificó la metafísica occidental y oriental.

Su formación académica transitoria le permitió conocer distintos campos de la ciencia y las humanidades, pero a raíz de la muerte de su madre decidió alejarse de la ciudad, ese tiempo le permitió reflexionar y culminar su obra *Sobre la visión y los colores* (1816); además publicó *El mundo como voluntad y representación* (1819), donde se exponen teorías sobre el conocimiento, la filosofía de la naturaleza, la estética y la ética. Tras la publicación de esta obra, Schopenhauer no desarrolló una nueva filosofía. Asimismo, escribió el tratado *Acerca de la voluntad de la naturaleza* (1836), este resultaría también el último. Su producción continuaría con el libro *Ética* (1860).

Falleció en Frankfurt, Alemania, el 21 de septiembre de 1860.

El arte, la muerte y la moral. Selección de ensayos
Arthur Schopenhauer

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes Leon
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez
Diagramación: Andrea Veruska Ayanz Cuéllar
Concepto de portada: Melissa Pérez García
Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

EL ARTE, LA MUERTE
Y LA MORAL

EL ARTE

Todo deseo nace de una necesidad, de una privación, de un sufrimiento. Satisfaciéndolo se calma. Mas por cada deseo satisfecho, ¡cuántos sin satisfacer! Además, el deseo dura largo tiempo, las exigencias son infinitas, el goce es corto y mezquinamente tasado.

Y hasta ese placer que por fin se consigue no es más que aparente, otro le sucede, y si el primero es una ilusión desvanecida, el segundo es una ilusión que aún dura. Nada en el mundo es capaz de aquietar la voluntad ni de fijarla de un modo duradero; lo más que del destino puede obtenerse, asemejase siempre a la limosna que se arroja a los pies del mendigo, y que si sostiene hoy su vida solo es para prolongar mañana su tormento. Así, en tanto que estamos bajo el dominio de los deseos y bajo el imperio de la voluntad, en tanto que nos abandonamos a las esperanzas que nos apremian, a los temores que nos persiguen, no hay para nosotros descanso ni dicha duraderos. En el fondo, lo mismo da que nos empeñemos en alguna persecución o que huyamos ante alguna amenaza, que nos agiten la espera o el temor: las cavilaciones que nos causan las exigencias de la voluntad

bajo todas sus formas, no cesan de turbar y atormentar nuestra existencia. Así el hombre, esclavo del querer, está continuamente amarrado a la rueda de Ixión, vierte siempre en el tonel de las Danaides, es Tántalo devorado por la sed eterna.

Pero cuando una circunstancia externa a nuestra armonía interior nos eleva por un momento por encima del torrente infinito del deseo, liberan nuestro espíritu de la opresión de la voluntad, apartan nuestra atención de todo lo que la solicita y se nos aparecen las cosas desligadas de todos los prestigios de la esperanza, de todo interés propio, como objetos de contemplación desinteresada y no de concupiscencia. Entonces es cuando ese reposo vanamente buscado por todos los caminos abiertos al deseo, pero que siempre ha huido de nosotros, se presenta en cierto modo por sí mismo y nos da la sensación de la paz en toda su plenitud. Ese es el estado libre de dolores que celebraba Epicuro como el mayor de los bienes todos, como la felicidad de los dioses; porque entonces nos vemos por un instante manumitidos de la abrumadora opresión de la voluntad, celebramos la fiesta después de los trabajos forzados del querer, se detiene la rueda de Ixión… ¿Qué importa entonces ver

la puesta del sol desde el balcón de un palacio o a través de las rejas de una cárcel?

Acorde íntimo y predominio del pensamiento puro sobre el querer: esto puede producirse en todos los lugares. Testigos, esos admirables pintores holandeses, que han sabido ver de una manera tan objetiva objetos tan mínimos, y que nos han legado una prueba tan duradera de su desprendimiento y de su placidez de espíritu en las escenas de interior. El espectador no puede contemplarlas sin conmoverse, sin representarse el estado de ánimo del artista, tranquilo, apacible, lleno de serenidad, tal como necesitaba ser para fijar su atención en objetos insignificantes, indiferentes, y reproducirlos con tanta solicitud. Y la impresión es tanto más fuerte, cuanto que, por un contraste con nosotros mismos, nos choca la oposición entre esas pinturas tan sosegadas a nuestros sentimientos, siempre tétricos, siempre agitados por inquietudes y deseos.

***

Basta echar desde fuera una mirada desinteresada a todo hombre, a toda escena de la vida, y reproducirlos con la pluma o el pincel, para que al punto aparezcan llenos de interés y de encanto, y verdaderamente dignos de envidia. Pero si nos encontramos luchando con esa situación o somos ese hombre, ¡oh!, entonces, como suele decirse, ni el demonio que lo aguante. Tal es el pensamiento de Goethe:

De todo lo que apena nuestra vida,
nos gusta la pintura.

Cuando era yo joven, hubo un tiempo en que sin cesar me esforzaba en representarme todos mis actos como si se tratase de otro, probablemente para gozar más de ellos.

Las cosas no tienen atractivo sino en tanto que no nos atañen. La vida nunca es bella. Solo son bellos los cuadros de la vida cuando los alumbra y refleja el espejo de la poesía, sobre todo en la juventud, cuando no sabemos aún qué es vivir.

Coger al vuelo la inspiración y darle cuerpo en los versos: tal es la obra de la poesía lírica. Y, sin embargo, el poeta lírico refleja a la humanidad entera en sus

íntimas profundidades, y todos los sentimientos que millones de generaciones pasadas, presentes o futuras han experimentado y experimentarán en las mismas circunstancias, que se reproducirán siempre, encuentran en la poesía su viva y fiel expresión.

El poeta es el hombre universal. Todo lo que ha agitado el corazón de un hombre, todo lo que la naturaleza humana ha podido experimentar y producir en todas circunstancias, todo lo que habita y fermenta en un ser mortal, ese es su dominio, que se extiende a toda la Naturaleza. Por eso el poeta lo mismo puede cantar la voluptuosidad que el misticismo, ser Ángelus Silesius o Anacreonte, escribir tragedias o comedias, representar los sentimientos nobles o vulgares, según su humor y su vocación. Nadie puede mandar al poeta que sea noble, elevado, moral, piadoso y cristiano, que sea o deje de ser esto o lo otro, porque es el espejo de la humanidad y presenta a esta la imagen clara y fiel de lo que siente.

***

Es un hecho notabilísimo y muy digno de atención que el objetivo de toda la alta poesía sea la representación del lado horrible de la naturaleza humana, el dolor sin nombre, los tormentos de los hombres, el triunfo de la perversidad, la irónica dominación del azar, la irremediable caída del justo y del inocente. Esto es un signo notable de la constitución del mundo y de la existencia. ¿No vemos en la tragedia a los seres más nobles, después de largos combates y sufrimientos, renunciar para siempre a los propósitos que perseguían hasta entonces con tanta violencia, o apartarse de todos los goces de la vida voluntariamente y con júbilo? Así con el príncipe de Calderón; Margarita en *Fausto*; Hamlet, a quien su querido Horacio seguiría con mucho gusto, pero que le promete quedarse y respirar aún algún tiempo en un mundo tan rudo y lleno de dolores, para narrar la suerte de Hamlet y purificar su memoria, lo mismo que la virgen de Orleans, que la desposada de Mesina, todos mueren purificados por los sufrimientos; es decir, después de que ha muerto en ellos ya la voluntad de vivir…

El verdadero sentido de la tragedia es esta mira profunda: que las faltas espiadas por el héroe no son las

faltas de él, sino las faltas hereditarias; es decir, el crimen mismo de existir:

... pues el delito mayor
del hombre, es haber nacido

La tendencia y el fin último de la tragedia consisten en inclinarnos a la resignación, a la negación de la voluntad de vivir, mientras que, por el contrario, la comedia nos incita a vivir y nos anima. Verdad es que la comedia, como toda representación de la vida humana, nos pone inevitablemente ante la vista los sufrimientos y los aspectos repulsivos; pero solo nos los muestra como males transitorios que concluyen por un desenlace feliz, como una mezcla de triunfos, victorias y esperanzas que a la postre se llevan la palma. Además, hace resaltar lo que hay constantemente alegre y siempre ridículo hasta en las mil y una contrariedades de la vida, a fin de mantenernos de buen humor, sean las que fueren las circunstancias. Como último resultado, afirma, pues, que la vida tomada en conjunto es muy buena y, sobre todo, picaresca y muy regocijada.

Por supuesto, hay que dejar que caiga el telón en seguida del desenlace feliz, a fin de que no veamos lo

que viene después; mientras que, en general, acaba la tragedia de tal suerte que ya no puede ocurrir más, pues todos mueren.

***

El poeta épico o dramático no debe ignorar que él es el destino y que ha de ser despiadado como este. Al mismo tiempo es el espejo de la humanidad, y debe presentar en escena caracteres malos y a veces infames, locos, necios, cortos de espíritu; de vez en cuando un personaje razonable, o prudente, o bueno, u honrado, y muy rara vez una naturaleza generosa, como para demostrar que es la más singular de las excepciones.

En todo Homero me parece que no hay un carácter verdaderamente generoso, aunque hay muchos buenos y honrados. En todo Shakespeare se encuentran a lo sumo uno o dos, y aun en su nobleza no tienen nada de sobrehumanos: son Cordelia y Coriolano. Sería difícil contar más, mientras que los otros se cruzan allí como

una muchedumbre… En *Minna de Barnheim*, de Lessing, hay exceso de escrúpulo y de noble generosidad por todas partes. Con todos los héroes de Goethe combinados y reunidos, difícilmente se formaría un carácter de una generosidad tan quimérica como el marqués de Posa en el *Don Carlos*, de Schiller.

***

No hay hombre ni acción que no tenga su importancia. En todos y a través de todo se desenvuelve más o menos la idea de la humanidad. No hay circunstancia en la vida humana que sea indigna de reproducirse por medio de la pintura. Por eso es una injusticia para con los admirables pintores de la escuela holandesa limitarse a elogiar su habilidad técnica. En lo demás se les mira desde la altura, con desdén, porque casi siempre representan hechos de la vida común, y solo se concede importancia a los asuntos históricos o religiosos. Ante todo, convendría recordar que el interés de un acto no tiene ninguna relación con

su importancia externa, y que a veces hay gran diferencia entre las dos cosas.

La importancia exterior de un acto se mide por sus consecuencias para el mundo real y en el mundo real. Su importancia interior está en el profundo horizonte que nos abre acerca de la esencia misma de la humanidad, poniendo en plena luz ciertos aspectos de esta naturaleza inadvertidos a menudo, escogiendo ciertas circunstancias favorables en que se expresan y desarrollan sus particularidades. La importancia interna es la única que vale para el arte, y la importancia externa para la historia.

Una y otra son independientes en absoluto, y lo mismo pueden hallarse juntas que separadas. Un acto capital en la historia, considerado en sí mismo, puede ser vulgarísimo, insignificante en grado sumo, y recíprocamente, una escena de la vida diaria, una escena doméstica, puede tener un gran interés ideal si pone, en plena y brillante luz, seres humanos, actos y deseos humanos hasta en los más ocultos repliegues.

Sean las que fueren la importancia del fin perseguido y las consecuencias del acto, el rasgo de la Naturaleza

puede permanecer siendo el mismo; así, por ejemplo, nada importa que ministros inclinados encima de un mapa se disputen territorios y pueblos, o que labriegos riñan en una taberna por una partida de naipes o una suerte de dados, lo mismo que es indiferente jugar al ajedrez con peones de oro o con piezas de madera.

***

La música no expresa nunca el fenómeno, sino únicamente la esencia íntima, el «en sí» de todo fenómeno; en una palabra, la voluntad misma. Por eso no expresa tal alegría especial o definida, tales o cuales tristezas, tal dolor, tal espanto, tal arrebato, tal placer, tal sosiego de espíritu, sino la misma alegría, la tristeza, el dolor, el espanto, los arrebatos, el placer, el sosiego del alma. No expresa más que la esencia abstracta y general, fuera de todo motivo y de toda circunstancia. Y, sin embargo, sabemos comprenderla perfectamente en esta quintaesencia abstracta.

***

La invención de la melodía, el descubrimiento de todos los más hondos secretos de la voluntad y de la sensibilidad humana, esto es obra del genio. La acción del genio es allí más visible que en cualquier otra parte, más irreflexiva, más libre de intención consciente: es una verdadera inspiración. La idea, es decir, el conocimiento preconcebido de las cosas abstractas y positivas, es aquí absolutamente estéril, como en todas las artes. El compositor revela la esencia más íntima del mundo y expresa la sabiduría más profunda en una lengua que su razón no comprende, lo mismo que una sonámbula da luminosas respuestas acerca de cosas de las que no tiene conocimiento ninguno cuando está despierta.

***

Lo que hay de íntimo e inexpresable en toda música, lo que nos da la visión rápida y pasajera de un paraíso a la vez familiar e inaccesible, que comprendemos y no obstante no podríamos explicar, es que presta voz a las profundas y sordas agitaciones de nuestro ser, fuera de toda realidad y, por consiguiente, sin sufrimiento.

***

Así como hay en nosotros dos disposiciones esenciales del sentimiento, la alegría o a lo menos el contentamiento, y la aflicción o por lo menos la melancolía, así también la música tiene dos tonalidades generales correspondientes, mayor y menor, el sostenido y el bemol, y casi siempre está en la una o en la otra. Pero, en verdad, ¿no es extraordinario que haya un signo para expresar el dolor, sin ser doloroso físicamente ni siquiera por convención, y, sin embargo, tan expresivo que nadie puede equivocarse, el bemol? Por esto puede medirse hasta qué profundidad penetra la música en la Naturaleza íntima del hombre y de las cosas.

En los pueblos del Norte, cuya vida está sujeta a duras condiciones, sobre todo en los rusos, domina el bemol hasta en la música de iglesia. El *allegro* en bemol es muy frecuente en la música francesa y muy característico. Es como si alguien se pusiera a bailar con unos zapatos que le hacen daño.

***

Las frases cortas y claras de la música de baile; de aires rápidos, solo parecen hablar de una felicidad vulgar, fácil de conseguir. Por el contrario, el *allegro maestoso*, con sus grandes frases, sus anchas avenidas, sus largos rodeos, expresa un esfuerzo grande y noble hacia un fin lejano, que se concluye por alcanzar. El *adagio* nos habla de los sufrimientos de un grande y noble esfuerzo que menosprecia todo regocijo mezquino. Pero lo más sorprendente es el efecto del bemol y del sostenido. ¿No es asombroso que el cambio de un semitono, la introducción de una tercera menor en lugar de una tercera mayor, de enseguida una sensación inevitable de

pena y de inquietud, de la cual nos libra inmediatamente el sostenido? El *adagio* en bemol se eleva hasta la expresión del más profundo dolor, se convierte en una queja desgarradora. La música de baile en bemol expresa el engaño de una dicha vulgar que hubiera debido desde liarse. Parece describirnos la persecución de algún fin inferior, obtenido al cabo a través de muchos esfuerzos y fastidios.

***

Una sinfonía de Beethoven nos descubre un orden maravilloso bajo un desorden aparente. Es como un combate encarnizado, que un instante después se resuelve en un hermoso acorde. Es el *rerum concordia discors* una imagen fiel y cabal de la esencia de este mundo, que rueda a través del espacio sin premura y sin descanso, en un tumulto de formas sin número que se desvanecen sin cesar. Pero al mismo tiempo, a través de la sinfonía, hablan todas las pasiones y todas las emociones humanas, alegría, tristeza, amor, odio,

espanto, esperanza, con matices infinitos, y, sin embargo, enteramente abstractos, sin nada que los distinga unos de otros con claridad. Es una forma sin materia, como un mundo de espíritus aéreos.

***

Después de haber meditado largo tiempo acerca de la esencia de la música, les recomiendo el goce de este arte como el más exquisito de todos. No hay ninguno que obre más directa y hondamente, porque no hay ningún otro que revele más directa y hondamente la verdadera naturaleza del mundo. Escuchar grandes y hermosas armonías es como un baño del alma: purifica de toda mancha, de todo lo malo y mezquino, eleva al hombre y le pone de acuerdo con los más nobles pensamientos de que es capaz, y entonces comprende con claridad todo lo que vale, o más bien, todo lo que pudiera valer.

Cuando oigo música, mi imaginación juega a menudo con la idea de que la vida de todos los hombres, y la mía

propia, no son más que sueños de un espíritu eterno, buenos o malos sueños; de que cada muerte es un despertar.

LA MUERTE

La muerte es el genio inspirador, el Muságetas de la filosofía… Sin ella difícilmente se hubiera filosofado.

***

Nacimiento y muerte pertenecen igualmente a la vida y se contrapesan. El uno es la condición de la otra. Forman los dos extremos, los dos polos de todas las manifestaciones de la vida. Esto es lo que la más sabia de las mitologías, la de la India, expresa con un símbolo dando como atributo a Schiwa, el dios de la destrucción, al mismo tiempo que su collar de cabezas de muerto, el linga, órgano y símbolo de la generación. El amor es la compensación de la muerte, su correlativo esencial; se neutralizan, se suprimen el uno al otro. Por eso, los griegos y los romanos adornaban esos preciosos sarcófagos que aún vemos hoy con bajorrelieves figurando fiestas, danzas, bodas, cazas, combates de animales, bacanales, en una palabra, imágenes de la vida más alegre, más

animada, más intensa, hasta grupos voluptuosos, y hasta sátiros ayuntados con cabras.

Su objeto era evidentemente llamar la atención al espíritu de la manera más sensible, por el contraste entre la muerte del hombre, quien se llora encerrado en la tumba, y la vida inmortal de la Naturaleza.

***

La muerte es el desate doloroso del nudo formado por la generación con voluptuosidad. Es la destrucción violenta del error fundamental de nuestro ser, el gran desengaño.

***

La individualidad de la mayoría de los hombres es tan miserable y tan insignificante, que nada pierden con la muerte. Lo que en ellos puede aún tener algún valor, es decir, los rasgos generales de humanidad, eso subsiste en los demás hombres. A la humanidad y no al individuo es a quien se le puede asegurar la duración.

Si le concediesen al hombre una vida eterna, la rigidez inmutable de su carácter y los estrechos límites de su inteligencia le parecerían a la larga tan monótonos y le inspirarían un disgusto tan grande, que para verse libre de ellos concluiría por preferir la nada.

Exigir la inmortalidad del individuo es querer perpetuar un error hasta el infinito. En el fondo, toda individualidad es un error especial, una equivocación, algo que no debiera existir, y el verdadero objetivo de la vida es librarnos de él. Prueba de ello que la mayoría de los hombres, por no decir todos, están constituidos de tal suerte, que no podrían ser felices en ningún mundo donde suelen verse colocados. Si ese mundo estuviera exento de miseria y de pena, se verían presa del tedio, y en la medida en que pudieran escapar de este, volverían a caer en las miserias, los tormentos, los sufrimientos.

Así pues, para conducir al hombre a un estado mejor, no bastaría ponerle en un mundo mejor, sino que sería preciso de toda necesidad transformarle totalmente, hacer de modo que no sea lo que es y que llegará a ser lo que no es. Por tanto, necesariamente tiene que dejar de ser lo que es. Esta condición previa la realiza la muerte, y desde este punto de vista se concibe su necesidad moral.

Ser colocado en otro mundo y cambiar totalmente su ser, son en el fondo una sola y misma cosa.

Una vez que la muerte ha puesto término a una conciencia individual, ¿sería deseable que esta misma conciencia se encendiese de nuevo para durar una eternidad? ¿Qué contiene la mayor parte de las veces? Nada más que un torrente de ideas pobres, estrechas, terrenales, y cuidados sin cuento. Déjala, pues, descansar en paz para siempre.

Parece que la conclusión de toda actividad vital es un maravilloso alivio para la fuerza que la mantiene. Esto explica tal vez la expresión de dulce serenidad difundida en el rostro de la mayoría de los muertos.

***

¡Cuán larga es la noche del tiempo ilimitado si se compara con el breve ensueño de la vida!

***

Cuando en otoño se observa el pequeño mundo de los insectos, y se ve que uno se prepara un lecho para dormir el pesado y largo sueño del invierno, que otro hace su capullo para pasar el invierno en estado de crisálida y renacer un día de primavera con toda su juventud y en toda su perfección, y en fin, que la mayoría de ellos, al tratar de tomar descanso en brazos de la muerte, se contentan con poner cuidadosamente sus huevecillos en lugar favorable para renacer un día rejuvenecidos en un nuevo ser, ¿qué otra cosa es esto sino la doctrina de la inmortalidad enseñada por la Naturaleza? Esto quiere darnos a entender que entre el sueño y la muerte no hay

diferencias radicales, que ni el uno ni la otra ponen en peligro la existencia. El cuidado con que el insecto prepara su celdilla, su agujero, su nido, así como el alimento para la larva que ha de nacer en la primavera próxima, y hecho esto, muere tranquilo, se semeja en todo al cuidado con que un hombre coloca en orden por la noche sus vestidos y dispone su desayuno para la mañana siguiente, y luego se duerme en paz.

Esto no podría suceder si el insecto que ha de morir en otoño, considerado en sí mismo y en su verdadera esencia, no fuese idéntico al que ha de desarrollarse en primavera, lo mismo que el hombre que se acuesta es el que después se levanta.

***

Mira tu perro: ¡qué tranquilo y contento está! Millares de perros han muerto antes de que este viniese a la vida. Pero la desaparición de todos aquellos no ha tocado para nada la idea del perro. Esta idea no se ha oscurecido por

su muerte. He aquí por qué nuestro perro está tan fresco, tan animado por fuerzas juveniles, como si este fuera su primer día y no hubiese de tener término. A través de sus ojos brilla el principio indestructible que hay en él, el *archœus.*

¿Qué es, pues, lo que la muerte ha destruido a través de millares de años? No es el perro: ahí está, delante de nosotros, sin haber sufrido detrimento alguno. Solo su sombra, su figura, es lo que la debilidad de nuestro conocimiento no puede percibir sino en el tiempo.

***

Por su persistencia absoluta, la materia nos asegura una indestructibilidad, en virtud de la cual quien fuere incapaz de concebir otra idea, podría consolarse con la de cierta inmortalidad. «¡Qué! —se dirá—; la persistencia de un puro polvo, de una materia bruta, ¿puede ser la continuidad de nuestro ser?».

¿Pero conoces ese polvo, sabes lo que es y lo que puede? Antes de menospreciarlo, aprende a conocerlo. Esta materia, que no es más que polvo y ceniza, disuelta muy pronto en el agua, se va a convertir en un cristal,

a brillar con el brillo de los metales, a producir chispas eléctricas, a manifestar su poder magnético… a modelarse en plantas y animales, y a desarrollar, en fin, en su seno misterioso, esa vida cuya pérdida atormenta tanto a su limitado espíritu. ¿No es nada, pues, el perdurar bajo la forma de esta materia?

***

No conocemos mayor juego de dados que el juego del nacimiento y de la muerte. Preocupados, interesados, ansiosos hasta el extremo, asistimos a cada partida, porque a nuestros ojos todo va puesto en ella. Por el contrario, la Naturaleza, que no miente nunca; la Naturaleza, siempre franca y abierta, se expresa acerca de este asunto de una manera muy diferente. Dice que nada le importan la vida o la muerte al individuo, y esto lo expresa entregando la vida del animal y también la del hombre a menores azares, sin hacer ningún esfuerzo para salvarlos. Fijémonos en el insecto que va por nuestro camino; el menor extravío involuntario de nuestro pie

decide de su vida o de su muerte. Ve el animal de los bosques, desprovisto de todo medio de huir, defenderse, engañar, ocultarse, presa expuesta al primero que llegue; ve el pez, cómo juega libre de inquietudes de la red aún abierta; la rana a quien su ley impide huir y salvarse; el ave, que revolotea a la vista del halcón, que se cierne sobre ella, a quien no ve; la oveja, espiada por el lobo en el bosque: todas esas víctimas, débiles, imprudentes, vagan en medio de ignorados riesgos que a cada instante las amenazan. La Naturaleza, al abandonar así sin resistir, sus organismos, no solo a la avidez del más fuerte, sino al azar más ciego, al humor del primer imbécil que pasa, a la perversidad de un niño, la Naturaleza expresa así, con su silencio lacónico, de oráculo, que le es indiferente el anonadamiento de esos seres, que no pueden perjudicarla, que nada significa, y que en circunstancias tales tan indiferente es la causa como el efecto.

Así, pues, cuando esta madre soberana y universal expone a sus hijos sin escrúpulo a mil riesgos inminentes, sabe que el sucumbir es que caen otra vez en su seno, donde los tiene ocultos. Su muerte no es más que un jugueteo. Lo mismo le sucede al hombre que a los animales. El oráculo de la Naturaleza se extiende a

nosotros. Nuestra vida, nuestra muerte no le conmueven y no debieran emocionarnos, porque nosotros también formamos parte de la Naturaleza.

Estas consideraciones nos traen a nuestra propia especie. Y si miramos adelante, hacia el porvenir muy remoto, y tratamos de representarnos las generaciones futuras con sus miles de individuos humanos diferentes de nosotros en usanzas y costumbres, nos hacemos estas preguntas: «¿De dónde vendrán todos? ¿Dónde están ahora? ¿Dónde se halla el amplio seno de la nada, preñada del mundo, que aún guarda las generaciones venideras?».

Pero a estas preguntas hay que sonreírse y responder: «No puede estar sino donde toda realidad ha sido y será, en el presente y en lo que contiene». Por consiguiente, en ti, preguntón insensato, que desconoces tu propia esencia y te pareces a la hoja en el árbol cuando, marchitándose en otoño pensando en que se ha de caer, se lamenta de su caída, y no queriendo consolarse a la vista del fresco verdor con que se engalana el árbol en la primavera, dice gimiendo: «No seré yo, serán otras hojas».

¡Ah, hoja insensata! ¿Adónde quieres ir, pues, y de dónde podrían venir las otras hojas? ¿Dónde está esa

nada, cuyo abismo temes? Reconoce tu mismo ser en esa fuerza íntima, oculta, siempre activa, del árbol, que a través de todas sus generaciones de hojas no es atacada ni por el nacimiento ni por la muerte. ¿No sucede con las generaciones humanas como con las de las hojas?

LA MORAL

La virtud no se enseña, como tampoco el genio. La idea que se tiene de la virtud es estéril, y no puede servir más que de instrumento, como las cosas técnicas en materia de arte. Esperar que nuestros sistemas de moral y nuestras éticas puedan formar personas virtuosas, nobles y santas, es tan insensato como imaginar que nuestros tratados de estética puedan producir poetas, escultores, pintores y músicos.

***

No hay más que tres resortes fundamentales de las acciones humanas, y todos los motivos posibles solo se relacionan con estos tres resortes. En primer término, el egoísmo, que quiere su propio bien y no tiene límites; después, la perversidad, que quiere el mal ajeno y llega hasta la suma crueldad y, últimamente, la conmiseración, que quiere el bien del prójimo y llega hasta la generosidad,

la grandeza del alma. Toda acción humana debe referirse a uno de estos tres móviles, o aun a dos a la vez.

I

EL EGOÍSMO

Inspira tal horror el egoísmo, que hemos inventado la urbanidad para ocultarlo como una parte vergonzosa. Pero sobresale a través de todos los velos y se denuncia en todo encuentro, donde instintivamente nos esforzamos por utilizar cada nuevo conocimiento para servirnos en uno de nuestros innumerables proyectos.

Siempre es nuestra primera idea saber si tal hombre puede sernos útil para alguna cosa. Si no nos puede servir, ya no tiene ningún valor… Y tanto sospechamos ese mismo sentimiento en los demás, que, si nos acontece pedir un consejo o un informe, perdemos toda la confianza en lo que se nos dice, a poco que supongamos que hay en ello algún interés. Al punto pensamos que nuestro consejero quiere valerse de nosotros como instrumento suyo, y atribuimos su parecer, más que a la prudencia de su razón, a sus intenciones secretas, por grande que sea la primera, por débiles y lejanas que fuesen las segundas.

***

Por naturaleza, el egoísmo carece de límites. El hombre no tiene más que un deseo absoluto: conservar su existencia, librarse de todo dolor y hasta de toda privación. Lo que quiere es la mayor suma posible de bienestar, la posesión de todos los goces que es capaz de imaginar, los cuales se ingenia por variar y desarrollar incesantemente.

Todo obstáculo que se alza entre su egoísmo y sus concupiscencias excita su malhumor, su cólera, su odio; es un enemigo a quien hay que aplastar. Quisiera en lo posible gozar de todo, poseerlo todo, y cuando no, querría por lo menos dominarlo todo. «Todo para mí, nada para los demás» es su divisa. El egoísmo es colosal, no cabe en el universo. Si se diese a elegir a cada uno entre el anonadamiento del universo y su propia perdición, no necesito decir cuál sería la respuesta.

Cada cual se hace el centro del mundo, lo refiere todo a sí. Hasta los más grandes trastornos de los imperios se consideran ante todo desde el punto de vista del propio interés, por ínfimo y remoto que pueda ser. ¿Hay contraste más pasmoso? De una parte, ese interés superior y exclusivo que cada cual se toma por sí mismo, y de la otra esa mirada indiferente que echa a todos. Hasta es una cosa cómica ese convencimiento de tantas personas que obran, como si fuesen las únicas que tienen una existencia real y como si sus semejantes solo fueran vanas sombras, puros fantasmas.

Para pintar la enormidad del egoísmo con una hipérbole llamativa, me he fijado en esta: «Muchas gentes serían capaces de matar a un hombre para coger la grasa del muerto y untarse con ella las botas». Solo me asalta un escrúpulo: ¿será esto una hipérbole?

El Estado, esa obra maestra del egoísmo inteligente y razonado, ese total de todos los egoísmos individuales, ha depositado los derechos de cada uno en manos de un poder infinitamente superior al poder del individuo y que le obliga a respetar los derechos de los demás. Así quedan en las tinieblas el desmedido egoísmo de casi

todos, la perversidad de muchos, la ferocidad de algunos. La fuerza los tiene encadenados, y de ello resulta una apariencia engañosa. Pero que se encuentre, como algunas veces ocurre, eludido o paralizado el poder protector del Estado, y se verán estallar a la luz del día los apetitos insaciables, la sórdida avaricia, la falsedad secreta, la perversidad, la perfidia de los hombres. Entonces retrocedemos y damos grandes gritos, como si nos topáramos con un monstruo aún desconocido. Sin embargo, sin la presión de las leyes, sin la necesidad que se tiene de honor y consideración, todas esas pasiones triunfarían a diario. ¡Es preciso leer las causas célebres, la historia de los tiempos revueltos, para saber lo que hay en el fondo del hombre, lo que vale su moralidad! Esos millares de seres que están a nuestra vista, obligándose mutuamente a respetar la paz, en el fondo son otros tantos tigres y lobos, a quienes solo impide morder un fuerte bozal. Imagina suprimida la fuerza pública, o sea, quitado el bozal.

Si retrocediéramos con espanto ante el espectáculo que se ofrecería a tus ojos, espectáculo que cada cual se figura fácilmente. ¿No basta esto para confesar cuán poco arraigo tienen la religión, la conciencia, la moral

natural, cualquiera que sea su fundamento? Sin embargo, en presencia de los sentimientos egoístas antimorales, entregados a sí mismos, veremos entonces revelarse también en el hombre el verdadero instinto moral, desplegar su poderío y manifestar lo que puede hacer. Y se vería que hay tanta variedad en los caracteres morales como variedades hay de inteligencia, y no es poco decir.

¿Tiene su origen la conciencia en la naturaleza? Puede dudarse de ello. A lo menos, hay también una conciencia bastarda, *conscientia spuria*, que a menudo se confunde con la verdadera. La angustia y el arrepentimiento causados por nuestros actos no son a menudo más que el temor a las consecuencias. La violación de ciertas reglas exteriores, arbitrarias y hasta ridículas, despierta escrúpulos enteramente análogos a los remordimientos de conciencia. Así, ciertos judíos estarían abrumados ante la idea de haber fumado una pipa en su propio domicilio en sábado contraviniendo al precepto de Moisés, que dice: «No enciendan ningún fuego el sábado en sus casas».

Tal hidalgo u oficial no se consuela de haber faltado en alguna ocasión a las reglas de ese código de los locos que

se llama código del honor, hasta el extremo de que más de uno, que no pudo cumplir su palabra o satisfacer las exigencias de las leyes del honor, se ha levantado la tapa de los sesos. Conozco ejemplos de ello. Y, sin embargo, el mismo hombre violará sin escrúpulo todos los días su palabra, con tal que no hubiere añadido esas palabras fatídicas, ese juramento: «Por mi honor».

En general, toda inconsecuencia, toda imprevisión, todo acto contrario a nuestros proyectos, a nuestros principios, a nuestros convencionalismos de cualquiera especie, y hasta toda indiscreción, toda torpeza, toda bobada, dejan tras de sí un gusano que nos roe en silencio, una espina clavada en el corazón. Mucha gente se asombraría si viese de qué elementos se compone esta conciencia, de la cual se forman una idea tan grandiosa. Un quinto de temor a los hombres, un quinto de temores religiosos, un quinto de preocupaciones, un quinto de vanidad y un quinto de costumbre: eso es todo. Tanto valdría decir como aquel inglés: «No soy bastante rico para comprarme una conciencia».

***

Aun cuando los principios y la razón abstracta no son en manera alguna la fuente primitiva o el primer fundamento de la moralidad, sin embargo, son indispensables para la vida moral. Son como un depósito alimentado por la fuente de toda moralidad, pero que no corre de continuo, sino que se conserva, y en el momento útil puede difundirse allí donde haga falta… Sin principios firmes, una vez puestos en movimiento los instintos inmorales por las impresiones externas, nos dominarían con imperio. Sostenerse firme en los principios, seguirlos a despecho de los opuestos motivos que nos solicitan, es lo que se llama poseerse a sí mismo.

***

Los actos y la conducta de un individuo y de un pueblo pueden modificarse muchísimo por los dogmas, el ejemplo y el hábito. Pero los actos tomados en sí mismos no son más que vanas imágenes; solo les da importancia moral la disposición de ánimo que impele a ejecutar los actos. Esta puede ser absolutamente la misma, aun

con manifestaciones exteriores en un todo diferentes. Con igual grado de perversidad, puede uno morir en el patíbulo y otro extinguirse lo más apaciblemente del mundo en medio de los suyos.

Se manifiesta el mismo grado de perversidad en un pueblo por actos groseros, homicidio, canibalismo, y en otro, por el contrario, suavemente y en miniatura, por intrigas de corte, opresiones y sutiles astucias de todas clases, pero el fondo de las cosas es el mismo siempre.

Pudiera imaginarse un Estado perfecto, o tal vez hasta un dogma que inspirase una fe absoluta en premios y castigos después de la muerte, que consiguiera impedir todo delito: políticamente, esto sería mucho, pero moralmente no se ganaría nada, puesto que solo quedarían encadenados los actos y no la voluntad. Podrían ser correctas las acciones: la voluntad continuaría siendo perversa.

II

LA CONMISERACIÓN

La conmiseración es ese hecho asombroso y lleno de misterios en virtud del cual vemos borrarse la línea fronteriza que a los ojos de la razón separa totalmente un ser de otro ser, y convertirse el «no yo» en cierto modo en el «yo». Solo la conmiseración es el principio real de toda justicia libre y de toda caridad verdadera.

La conmiseración es un hecho innegable de la conciencia humana; es esencialmente propia de esta y no depende de nociones anteriores, de ideas *a priori*: religiones, dogmas, mitos, educación y cultura. Es producto espontáneo, inmediato, inalienable de la Naturaleza; resiste a todas las pruebas y se manifiesta de todos tiempos y países. En todas partes se la invoca con confianza, por la seguridad que se tiene de que existe en cada hombre, y nunca se cuenta entre el número de los «dioses extraños». El ser que no conoce la conmiseración fuera de la humanidad, y esta misma

palabra «humanidad» se toma a menudo como sinónimo de conmiseración.

Puede objetarse a toda buena acción nacida únicamente de convicciones religiosas que no es desinteresada, que proviene de la idea de un premio o un castigo esperado o temido; en fin, que no es puramente moral. Si se considera el móvil moral de la compasión, ¿quién se atrevería a poner en duda ni un solo instante que en todas las épocas, en todos los pueblos, en todas las situaciones de la vida, en plena anarquía, en medio de los horrores de las revoluciones y de las guerras, en las grandes como en las pequeñas cosas, cada día, a cada hora, la compasión hace sentir sus efectos benéficos y verdaderamente maravillosos, impide muchas injusticias, provoca de improviso más de una buena acción sin esperanza de recompensa, y que en todas partes donde obra por sí sola reconocemos en ella, conmovidos, admirados, el valor moral, puro y sin mezcla?

***

Envidia y lástima; cada cual lleva dentro de sí esos dos sentimientos diametralmente opuestos. Lo que los hace nacer es la comparación involuntaria e inevitable de nuestra propia situación con la de los demás. Según reacciona esta comparación sobre cada carácter individual, uno u otro de esos sentimientos llega a ser fundamental disposición y fuente de nuestros actos. La envidia no hace más que elevar, engrosar y consolidar el muro que se alza entre tú y yo. Por el contrario, la lástima lo hace delgado y transparente, a veces lo destruye de arriba abajo, y entonces se disipan todas las diferencias entre yo y los otros hombres.

***

Cuando nos encontremos puestos en relación con un hombre, no nos paremos a pensar su inteligencia ni su valor moral, lo que nos conduciría a reconocer la perversidad de sus intenciones, la estrechez de su razón, la falsedad de sus juicios, y no podría despertar en nosotros más que desprecio y aversión. Consideremos

más bien sus sufrimientos, sus miserias, sus angustias, sus dolores, y entonces sentiremos cuán de cerca nos toca; entonces se despertará nuestra simpatía, y en vez de odio y menosprecio experimentaremos por él esa conmiseración que es el único banquete a que nos convida el Evangelio.

***

Si se ha considerado la perversidad humana y se está pronto a indignarse ante ella, es preciso dirigir en seguida la mirada a la angustia de la existencia humana. Y recíprocamente, si la miseria nos espanta, volveremos los ojos a la perversidad. Entonces se verá que una y otra se equilibran y se reconocerá la justicia eterna. Se verá que el mismo mundo es el juicio del mundo.

***

Hasta la cólera más legítima se calma al punto, ante la idea de que quien nos ha ofendido es un desventurado. Lo que la lluvia es para el fuego, eso es la lástima para la ira. Cuando alguien trate de vengar cruelmente una injuria, lo aconsejo, si no quiere prepararse remordimientos, que se figure con vivos colores cumplida ya su venganza, que se represente a su víctima presa de sufrimientos físicos y morales, en lucha con la miseria y la necesidad, y que diga para sí: «He ahí mi obra». Si algo en el mundo puede extinguir la cólera, es esta idea.

La causa de que, en general, prefieran los padres a los hijos enfermizos, es el que siempre da compasión verlos.

***

La lástima, principio de toda moralidad, toma también bajo su protección a los brutos, al paso que en los otros sistemas de moral europea se tiene para con ellos tan poca responsabilidad y tan escasos miramientos. La pretendida carencia de derechos de los animales, el prejuicio de que

no tiene importancia moral nuestra conducta para con ellos, de que no hay, como suele decirse, deberes para con los irracionales, esto es precisamente una grosería que subleva, una barbarie del Occidente, que tiene su origen en el judaísmo…

Es preciso recordarles a esos menospreciadores de los brutos, a esos occidentales judaizantes, que lo mismo que ellos han sido amamantados por sus madres, también el perro lo ha sido por la suya.

La conmiseración con los animales está íntimamente unida a la bondad de carácter de tal suerte, que se puede afirmar de seguro que quien es cruel con los animales no puede ser buena persona.

***

Una compasión sin límites hacia todos los seres vivientes es la prenda más firme y segura de la conducta moral. Esto no exige ninguna casuística. Puede estarse

seguro de que quien esté lleno de ella no ofenderá a nadie, no usurpará los derechos de nadie, no hará daño a nadie; antes, al contrario, será indulgente con cada cual, perdonará a cada uno, socorrerá a todos en la medida de sus fuerzas, y todas sus acciones llevarán el sello de la justicia y del amor a los hombres. Inténtese decir una vez: «Este hombre es virtuoso, pero no conoce la compasión», o bien: «Es un hombre injusto y malvado, pero es muy compasivo», y entonces saltará a la vista la contradicción.

No todo el mundo tiene los mismos gustos, pero no conozco plegaria más hermosa que aquella con que terminan todas las obras antiguas del teatro indio (como antaño terminaban las comedias inglesas con estas palabras: «Por el rey»). He aquí cuál es su sentido: «Puedan permanecer libres de dolores todos los seres vivientes».

III

RESIGNACIÓN, RENUNCIAMIENTO, ASCETISMO Y LIBERACIÓN

Cuando la punta del velo de Maya —la ilusión de la vida individual— se ha levantado ante los ojos de un hombre, de tal suerte que ya no hace diferencia egoísta entre su persona y los demás hombres, toma tanto interés por los sufrimientos extraños como por los propios, llegando a ser caritativo hasta la abnegación, pronto a sacrificarse por la salud de los demás.

Ese hombre, que ha llegado hasta el punto de reconocerse a sí mismo en todos los seres, considera como suyos los infinitos sufrimientos de todo lo que vive, y debe apropiarse del dolor del mundo. Ninguna angustia le es extraña. Todos los tormentos que ve y raras veces puede dulcificar, todos los dolores que oye referir, hasta los mismos que él concibe, hieren su alma como si fuese él la propia víctima de ellos.

Insensible a las alternativas de bienes y de males que se suceden en su destino, libre de todo egoísmo, descubre los velos de la ilusión individual. Todo lo que vive, todo lo que sufre está igualmente cerca de su corazón. Concibe el conjunto de las cosas, su esencia, su eterno flujo, los vanos esfuerzos, las luchas interiores y los sufrimientos sin fin; por todas partes adonde vuelva las miradas ve el hombre que sufre, el animal que sufre y un mundo que se desvanece eternamente. Desde entonces se une a los dolores del mundo más estrechamente que el egoísta a su propia persona.

Con tal conocimiento del mundo, ¿cómo podría con incesantes deseos afirmar su voluntad de vivir, adherirse más y más a la vida y abrazarla cada vez más estrechamente? El hombre seducido por la ilusión de la vida individual, esclavo del egoísmo, no ve en las cosas sino lo que atañe a su persona, y toma de ellas motivos siempre renovados para desear y querer. Por el contrario, el que penetra la esencia de las cosas en sí, el que domina el conjunto, llega al descanso de todo deseo. Desde entonces, la voluntad se aparta de la vida, rechaza con espanto los goces que la perpetúan. El hombre llega entonces al estado del renunciamiento voluntario, de la

resignación, de la tranquilidad verdadera y de la ausencia absoluta de voluntad.

***

Mientras que el perverso, entregado por la violencia de su voluntad y de sus deseos a tormentos internos continuos y devoradores, cuando el manantial de todos los goces llega a secarse, se ve reducido a apagar la sed con el espectáculo de las desventuras ajenas; por el contrario, el hombre que está penetrado de la idea de la dejación absoluta, cualquiera que fuere su desnudez, por privado que esté exteriormente de toda alegría y de todo bien, gusta, sin embargo, de pleno regocijo y goza de un sosiego verdaderamente celestial. ¡No más diligencia inquieta para él, no más júbilo bullicioso, ese júbilo al que tantas penas preceden y siguen, inevitable condición de la existencia para el hombre que tiene gustoso apego a la vida! Lo que siente es una paz inquebrantable, un sosiego profundo, una íntima serenidad, un estado que no podemos imaginar sin aspirar a él con ardor, porque nos

parece el único justo, infinitamente superior a cualquier otro; un estado al que nos convidan y llaman lo mejor que hay en nosotros y esa voz interior que nos grita: «*Sapere aude*». Entonces comprendemos bien que todo deseo cumplido, toda dicha arrancada a la miseria del mundo, es como la limosna que sostiene hoy al mendigo para que mañana se muera de hambre, al paso que la resignación es como una tierra recibida por herencia, que pone para siempre al abrigo de los cuidados al feliz poseedor.

***

Sabemos que los instantes en que la contemplación de las obras de arte nos hace libres de los ávidos deseos, cual, si sobrenadásemos por encima de la pesada atmósfera de tierra, son al mismo tiempo los más felices que conocemos.

Por esto podemos figurarnos qué felicidad ha de experimentar el hombre, cuya voluntad se aquieta, no por algunos instantes, como en el goce desinteresado de lo bello, sino para siempre, y hasta se extingue por completo de tal modo, que ya no queda, sino la última

chispa con destellos vacilantes que sostiene al cuerpo y se apagará con él. Cuando tras rudos combates contra su propia naturaleza ha concluido ese hombre por triunfar del todo, no existe sino en estado de ser puramente intelectual, como un espejo del mundo que nada enturbia. En adelante, nada podrá causarle angustia ni agitarle, porque ha roto los mil lazos del querer que nos tienen encadenados al mundo y nos dan tirones en todos sentidos, con dolores continuos en forma de deseo, temor, envidia, cólera. Dirige atrás una mirada tranquila y risueña a las ilusorias imágenes de este mundo que pudieron agitar y atormentar un día su corazón. Ahora, está ante ellas tan indiferente como ante las piezas de ajedrez terminada la partida, o ante los disfraces de carnaval que se han desnudado al amanecer, y cuyas figuras han podido atraernos o conmovernos en la noche del último día de carnestolendas. Desde entonces, la vida y sus formas flotan ante sus ojos como una fugaz aparición, como un ligero sueño de la madrugada para el hombre medio despierto, un sueño que la verdad atraviesa ya con sus rayos y que no puede engañarnos más. Y cual un ensueño desvaneciéndose también al fin la vida, sin transición brusca.

***

Si se considera cuán necesarios son para libertarnos la mayor parte de las veces la miseria y los infortunios, se confesará que antes debiéramos envidiar la desventura ajena que su dicha. Por esa razón, el estoicismo que reta al destino es para el alma una gruesa coraza contra los dolores de la vida y ayuda a soportar mejor lo presente. Pero es opuesto a la verdadera salud, porque endurece el corazón. ¿Y cómo podría hacerse mejor el estoico por el sufrimiento, cuando bajo su corteza de piedra es insensible a él? Hasta cierto límite, no es muy raro ese estoicismo. A menudo es pura afectación, un modo de poner a mal tiempo buena cara, y cuando es real, la mayor parte de las veces proviene de pura insensibilidad, de falta de energía, de vivacidad, de sentimiento y de imaginación, necesarios para sentir un gran dolor.

Todo el que se mata quiere la vida; solo se queja de las condiciones en que se le ofrece. No renuncia, pues, a la voluntad de vivir, sino únicamente a la vida, de la cual destruye en su persona uno de los fenómenos transitorios… Precisamente cesa de vivir porque no

puede cesar de querer, y suprimiendo en él el fenómeno de la vida, es como afirma su deseo de vivir. Porque justamente el dolor al cual se sustrae es lo que, como mortificación de la voluntad, hubiera podido conducirle a la dejación voluntaria y a quedar libre. Sucede con quien se mata, como con un enfermo que prefiriese conservar su enfermedad por no tener energía para dejar concluir una operación dolorosa, pero saludable. El sufrimiento soportado con valor le permitiría suprimir la voluntad; pero se exime del sufrimiento destruyendo en su cuerpo aquella manifestación de la voluntad, de tal suerte que esta subsista sin obstáculos.

***

Solo por el conocimiento reflexivo de las cosas, pocos hombres llegan a penetrarse de la ilusión del *principium individuationis*. Pocos hombres llenos de perfecta bondad de alma, de la universal caridad, llegan por fin a reconocer todos los dolores del mundo como suyos propios, para venir a la negación de la voluntad. En el que se acerca

más a este grado superior, las comodidades personales, el halagüeño encanto del momento, el atractivo de la esperanza, los deseos renacientes de continuo, son un eterno obstáculo al renunciamiento, un eterno cebo para la voluntad. De ahí procede el que se haya personificado en los demonios la multitud de seducciones que nos tientan y solicitan.

Por eso es preciso que un sufrimiento inmenso destroce nuestra voluntad, antes que llegue al renunciamiento de sí misma. Cuando ha recorrido todos los grados de la angustia creciente, cuando después de una suprema resistencia toca en el abismo de la desesperación, el hombre se reconcentra súbitamente dentro de sí mismo, se conoce, conoce al mundo, se transforma su alma; se eleva sobre sí mismo y sobre todo sufrimiento. Purificado entonces, santificado en cierto modo con un sosiego y una felicidad inquebrantables, con una elevación inaccesible renuncia a todos los objetos de sus deseos apasionados y recibe la muerte con alegría. De la purificadora llama del dolor brota repentinamente, cual pálida luz, la negación de la voluntad de vivir, o sea, la libertad de este mundo.

Los mismos criminales pueden purificarse así, por un gran dolor; se vuelven enteramente otros. Sus pasados crímenes no les oprimen ya la conciencia; sin embargo, están dispuestos a expiarlos por la muerte, y ven gustosos extinguirse en ellos ese fenómeno transitorio de la voluntad, que desde entonces les es extraño y como un objeto de horror. En el conmovedor episodio de Gretchen, Goethe nos ha dado una incomparable y brillante pintura de esta negación de la voluntad, causada por un gran infortunio y por la desesperación. Es un modelo cabal de esta segunda manera de llegar al renunciamiento, a la negación de la voluntad, no por el puro conocimiento de los dolores de todo un mundo, con los cuales se identifica voluntariamente, sino por un dolor que aplasta y con el cual se ve uno mismo abrumado.

Un gran dolor, una gran desgracia pueden forzarnos a conocer las contradicciones de la voluntad de vivir consigo mismo, y mostrarnos con claridad la nada de todo esfuerzo. Así se ha visto a menudo cambiar súbitamente, resignarse, arrepentirse, hacerse frailes o anacoretas, después de una vida agitada por tumultuosas pasiones, a reyes, héroes y aventureros. Tal es el asunto

de todas las historias auténticas de conversiones, por ejemplo, la de Raimundo Lulio.

Un día, una hermosa a quien amaba desde mucho tiempo atrás le concede al fin en su casa una cita. Loco de alegría, entra en el dormitorio de ella, pero entreabriéndose la joven el cuerpo del vestido, le descubre un pecho corroído por horrible cáncer. A partir de ese instante, como si hubiera entrevisto el infierno, se convirtió, abandonó la corte del rey de Mallorca, se retiró a un yermo y se hizo penitente.

La conversión de Rancé se asemeja mucho a la de Raimundo Lulio. Había consagrado su juventud a todos los placeres, y vivía en íntimos tratos con una señora de Monbazón. Una noche, a la hora de la cita, encuentra vacía la estancia, obscura, revuelta; tropieza con el pie en una cosa, la cabeza de su querida, que habían separado del tronco; había muerto de repente, y no habían podido hacer entrar su cadáver en el féretro de plomo colocado junto a ella. Afligido por un dolor sin límites, Rancé se hizo en 1663 reformador de la orden de Trapenses, enteramente degenerada de su antigua disciplina. Bien pronto la condujo a esa grandeza de renunciamiento

que aún vemos hoy, a esa negación de la voluntad metódicamente conducida a través de las más duras privaciones, a esa vida de una austeridad y un trabajo increíbles, que llena de santo horror al extraño, cuando al penetrar en el convento le llama, desde luego, la atención la humildad de esos verdaderos monjes que, extenuados por ayunos, frías vigilias, preces y trabajos, se arrodillan ante él, hijo del mundo y pecador, para pedirle su bendición. En el pueblo más alegre, regocijado, sensual y ligero (¿Hay necesidad de decir Francia?) es donde esta orden, única entre todas, se ha mantenido intacta a través de todas las revoluciones.

Preciso es atribuir su duración a la profunda seriedad que no puede desconocerse en el espíritu que la anima, y que excluye toda consideración secundaria. La decadencia de la religión no la ha alcanzado, porque sus raíces penetran en las profundidades de la Naturaleza humana mucho más aún que en un dogma positivo cualquiera.

***

Apartemos la vista de nuestra propia insuficiencia, de la estrechez de nuestros sentimientos y prejuicios, para dirigirla hacia los que han vencido al mundo, a aquellos en quienes habiendo llegado la voluntad al pleno conocimiento de sí misma, se ha retraído de todas las cosas y se ha negado libremente, y espera que se apaguen sus últimas chispas con el cuerpo que las anima. Entonces, en lugar de esas pasiones irresistibles, de esa actividad sin descanso; en lugar de ese incesante tránsito del deseo al miedo y de la alegría al dolor; en lugar de esa esperanza que nada satisface y nunca se sosiega ni se desvanece y con que se forja el ensueño de la vida para el hombre subyugado por la voluntad, vemos esa paz superior a toda razón, ese tranquilo mar del sentimiento, ese profundo reposo, esa seguridad inconmovible, esa serenidad, cuyo reflejo nada más en el rostro, tal como lo han pintado Rafael y Correggio, es todo un Evangelio en que podemos fiarnos. No queda más que el conocimiento; la voluntad se ha desvanecido.

El espíritu íntimo y el sentido de la verdadera y pura vida del claustro y del ascetismo en general, es que se siente uno digno y capaz de una existencia mejor que la nuestra, y se quiere fortificar y sostener este convencimiento por el menosprecio de todos los vanos goces de este mundo. Se espera con sosiego y seguridad el fin de esta vida, privada de sus engañosos incentivos, para saludar un día la hora de la muerte como la de la libertad.

***

Quietismo, es decir, renunciamiento a todo deseo; ascetismo, es decir, inmolación reflexiva de la voluntad egoísta, y misticismo, es decir, conciencia de la identidad de su ser con el conjunto de las cosas y el principio del universo; tres disposiciones del alma que se enlazan estrechamente. Cualquiera que hace profesión de una de ellas se ve atraído hacia las otras, en cierto modo a pesar suyo. Nada hay tan portentoso como ver el acuerdo de todos los que nos han predicado esas doctrinas, a través

de la extremada variedad de tiempos, países y religiones. Nada tan curioso como la seguridad inconmovible como la roca, la certidumbre interior con que nos presentan el resultado de su experiencia íntima.

***

En verdad que no es el judaísmo, sino el brahmanismo y el budismo, quienes, por su espíritu y tendencia moral, se aproximan al cristianismo. El espíritu y la tendencia moral son la esencia de una religión, y no los mitos con que los envuelve. El espíritu del *Antiguo Testamento* es verdaderamente extraño al puro cristianismo, porque en todo el *Nuevo Testamento* se trata del mundo como una cosa a la cual no se pertenece y no se ama, una cosa que está bajo el imperio del diablo. Esto se halla conforme con el espíritu del ascetismo, de renunciamiento y de victoria sobre el mundo; espíritu que, junto con el amor al prójimo y el perdón de las injurias, señala el rasgo fundamental y la estrecha afinidad que unen al cristianismo, al brahmanismo y al budismo. Sobre todo,

en el cristianismo, es necesario ir al fondo de las cosas y penetrar más allá de la corteza.

***

El protestantismo, al eliminar el ascetismo y el celibato, que es su punto capital, ataca por eso mismo a la esencia del cristianismo, y desde este punto de vista puede considerársele como una apostasía. Bien se ha visto en nuestros días, cuando el protestantismo ha degenerado poco a poco en un racionalismo ramplón, especie de pelagianismo moderno que viene a resumirse en un buen padre que crea el mundo con el fin de divertirnos mucho en él, en lo cual le salió bonitamente el tiro por la culata. Ese buen padre, bajo ciertas condiciones, se compromete a proporcionar también más tarde a sus fieles servidores un mundo mucho más bello, cuyo único inconveniente es tener una entrada tan funesta.

Esto podrá ser de seguro una buena religión para pastores protestantes con todas las comodidades

materiales, casados e ilustrados, pero eso no es cristianismo. El cristianismo es la doctrina que afirma que el hombre es profundamente culpable solo por el hecho de nacer, y al mismo tiempo enseña que el corazón debe aspirar a desligarse del mundo, lo cual no se puede conseguir, sino a costa de los más penosos sacrificios, por la dejación voluntaria, por el anonadamiento de sí mismo; es decir, por una total transformación de la naturaleza humana.

***

El optimismo no es, en el fondo, más que una forma de alabanzas que la voluntad de vivir (única y primera causa del mundo) se otorga sin razón a sí misma cuando se mira con complacencia en su propia obra. No solo es una doctrina falsa; es una doctrina corruptora, porque nos presenta la vida como un estado apetecible y da como objetivo de la vida la felicidad del hombre. Desde ese momento, cada cual se imagina que tiene los más justificados derechos a la felicidad y al goce. Así, pues,

si, como es harto frecuente, no le tocan en suerte esos bienes, se cree víctima de una injusticia.

Es mucho más justo considerar el trabajo, las privaciones, la miseria y el sufrimiento coronado por la muerte como fines de nuestra vida (así lo hacen el brahmanismo, el budismo y también el verdadero cristianismo), porque todos esos males conducen a la negación de la voluntad de vivir. En el *Nuevo Testamento* se representa el mundo como un valle de lágrimas, la vida como un medio de purificar el alma, y un instrumento de martirio es el símbolo del cristianismo.

***

En nuestros días, el cristianismo ha olvidado su verdadera significación para degenerar en un chabacano optimismo.

***

La moral de los indostanos, tal como se expresa del modo más variado y enérgico en los Vedas y Puranas de sus poetas, en los mitos y leyendas de sus santos, en sus sentencias y reglas de vida, prescribe expresamente: el amor al prójimo, con absoluto desasimiento de sí mismo; el amor, no limitado solo a los hombres, sino extendido a todos los seres vivientes; la caridad, llevada hasta el abandono del salario cotidiano obtenido a fuerza de sudor y de fatiga; una mansedumbre sin límites para con aquel que nos ofenda; el bien y el amor devueltos por el mal que se nos hiciere, por grande que este sea; el perdón alegre y espontáneo de toda injuria; la abstinencia de todo alimento animal; una castidad absoluta y el renunciamiento a toda voluptuosidad para quien aspire a la santidad verdadera; el menosprecio de todas las riquezas, de toda mansión, de toda propiedad; una soledad profunda y absoluta, pensada en muda contemplación; un arrepentimiento voluntario y penitencias lentas y espontáneas para mortificar absolutamente la voluntad, hasta morir de hambre, entregarse a los cocodrilos, precipitarse desde

lo alto de una roca del Himalaya santificada por esta costumbre, enterrarse vivo, arrojarse bajo las ruedas del carro gigantesco que pasea las imágenes de los dioses, en medio de los cánticos, de los gritos de júbilo y la danza de las bayaderas. Y estas prescripciones, el origen de las cuales se remonta a más de cuatro mil años, viven aún hasta en su rigor más extremado en ese pueblo, por degenerado que esté hoy.

Unas costumbres por tan largo tiempo sostenidas entre tantos millones de hombres, unas prácticas que imponen tan abrumadores sacrificios, no pueden ser arbitraria invención de algún cerebro alucinado; deben tener hondas raíces en la esencia misma de la humanidad.

Añadiré que no puede admirarse bastante la concordancia, la perfecta unanimidad de sentimientos que se advierte, si se lee la vida de un santo o de un penitente cristiano y la del santo indostánico. A través de la variedad, de la oposición absoluta de dogmas, costumbres y medios, son idénticos el esfuerzo, la vida interior de uno y otro.

Los místicos cristianos y los maestros de la filosofía vedanta están conformes también en considerar como

superfluas las obras exteriores y los ejercicios religiosos para aquel que concluye por alcanzar la perfección. Tanta concordancia entre pueblos tan diferentes y en una época tan remota, es una prueba de hecho de que no se trata aquí, como aventuran con complacencia los ramplones optimistas, de una aberración, de un extravío del espíritu y de los sentidos; antes, al contrario, es un aspecto esencial de la naturaleza humana, un admirable aspecto que rara vez se manifiesta y que se expresa en ese ascetismo.

***

Así, considerando la vida de los santos, que sin duda rara vez nos es dado encontrar y conocer por nuestra propia experiencia, pero la historia de los cuales nos traza el arte con una verdad segura y profunda, nos es preciso disipar la tétrica impresión de esa nada que flota como último término detrás de toda virtud, de toda santidad, y que tememos como el nulo teme las tinieblas, en vez de tratar de huir de ellas como los indostanos por

medio de mitos y palabras vacías de sentido, tales como la reabsorción en Brahma, o el Nirvana de los budistas. Lo confesamos: lo que queda después de la supresión total de la voluntad, no es absolutamente nada para todos aquellos que están ávidos aún de querer vivir: es la Nada. Pero también para aquellos en quienes la voluntad ha llegado a apartarse de su objeto y negarse a sí misma, ¿qué es nuestro mundo, que nos parece tan real, con todos sus soles y sus vías lácteas? Nada.

“La muerte es el desate doloroso del nudo formado por la generación con voluptuosidad. Es la destrucción violenta del error fundamental de nuestro ser, el gran desengaño..

Colección
Lima Lee

